

y Alvarado, nacida el 12 de setiembre de 1789 y hermana gemela de María Joaquina y de los tres Pbros. de la Fuente y Alvarado que hemos visto.

NOVENA GENERACION:

44.—*Pbro. don Manuel Zavaleta Volio*, bisnieto de don José María Volio y Zamora y de doña Juana Llorente, hermana de los cuatro Pbros. Llorente y de la Fuente.

45.—*Claudio Eulogio Carranza Volio*, religioso de la Congregación de Hermanos Terciarios dominicos del Padre Didón, en París; h. l. de Don Francisco Carranza y Fernández y doña Petronila Volio y Jiménez, nieto de los esposos don Carlos Volio Llorente y doña Matilde Jiménez Oreamuno. (*)

El convento de San Sabas

Por Berta María Feo

A la luz dorada del medio día distinguimos en una hondonada las cúspides de las dos torres del convento de San Sabas, perfiladas en el paraje desolado que tiene por fondo las montañas de Moab.

Largo tiempo hacía que caminábamos por una llanura árida, poblada a trechos de zarzales, cruzándonos con pastores árabes que conducían sus cabras; beduinos, sobre camellos y dromedarios, vestidos de amplias camisas blancas y la cabeza envuelta en telas oscuras atadas en la frente, cuyas puntas levantan expresamente para imitar las orejas del asno; peregrinos rusos, a pie, cargados con garrafas de agua del Jordán, y peregrinos de Chipre, jinetes sobre pequeños onagros.

Una nueva página del Evangelio se desarrollaba ante nosotros a la vista de los filetes lejanos del río, en cuyas riberas resonaron los pasos del Señor, y sus primeras palabras de llamada al corazón humano. Los discípulos del Bautista, Andrés y Juan, lo siguieron hasta aquí para preguntarle: “¿Maestro, donde demoráis?” con una alegría intensa mezclada de temor, pues se sentían dispuestos a permanecer con Aquél gran buscador de almas, a seguirle como sigue la oveja al pastor cuya vos conoce.

(*) Nos hemos tomado la libertad de agregar los datos que anteceden sobre los hermanos Volio y Jiménez para completar el trabajo del señor Prado (q. de D. g.) que publicamos del original manuscrito que tuvo la fineza de facilitarnos su viuda, la señora doña Adriana Valverde de Prado a quien rendimos nuestros agradecimientos. Con el mismo objeto agregamos el N^o 45 y último.—**La Dirección.**

Una gran tranquilidad flotaba en las lejanías de las cimas blancuzcas y bajo los tamarindos y acacias, cuando llegamos a la puerta del Monasterio griego, bastante bien restaurado por los rusos.

Imposible concebir un lugar más triste y desolado que aquel donde se alza el edificio. Construido en el barranco mismo del Cedrón la iglesia, en el centro de un patio enlozado, sirve de núcleo a las diferentes dependencias, que se componen de terrazas situadas las unas al lado o encima de las otras, apoyadas por robustos contrafuertes, provistas de escaleras perpendiculares y pasajes cavados en las rocas sobre los flancos de las laderas, hasta llegar a la cima donde se terminan por dos torres cuadradas. Todos los espacios disponibles han sido aprovechados para jardines, en los cuales dominan los datileros, tamarindos, áloes y otros árboles que destilan la trementina sin que se oiga en sus follajes azotados por el viento el rumor de un insecto.

Fueron realmente celdas de monjes en las que nos instalaron. Bien enca-ladas, con lechos de una madera amarilla muy olorosa, una mesita, un cántaro de agua fresca y una silla. Sobre la blancura del muro que quedaba frente a la puerta se destabaca un Crucifijo de leño negro, a cuyos pies yacía un ramo de olivo que parecía hecho para adornar la gruta de un ermitaño. Es imposible decir la deli-cia que sentía cada uno de nosotros, al encontrarse en aquellas rústicas celdas impregnadas con el aroma de cinamomos y áloes. Una luna oriental, cuyos ful-gentes rayos eran manojos de cendales rutilantes de luz, se levantó tras las mu-rallas diáfanas dibujadas en lontananza por las crestas de Moab que corren más allá del Mar Muerto, iluminando los charrales salvajes cuyos tallos tejen en las faldas del barranco su triste manto de espinas, poniendo en relieve la aridez del terreno sin un techo, ni un árbol, donde nadie habita ni hay nada que tenga ves-tigios de vida.

Se nos sirvió la cena en el refectorio, compuesta de pescado, ensalada, pichones, excelente queso de leche de cabra y hermosas granadas, higos, dátiles, vino de Chipre y café de Moka; mientras que la de los religiosos consistía en algunos trozos de pescado salado, sin aceite y algunas verduras.

Esos grandes monjes apacibles y estudiosos, cubiertos con mantos pardos de pelo de camello, parecen haber sido seleccionados expresamente para habi-tar aquellas soledades: modestos, corteses, graves sin ser rígidos, no nos hicieron una pregunta indiscreta ni nos manifestaron la menor curiosidad.

La iglesia que ocupa el centro del patio, en forma de Basílica, es rica en adornos costosos, pero pesados y de mal gusto, no habiendo en ella nada notable fuera del cenotafio de San Sabas. Es la de San Nicolás cavada en su mayor parte dentro de la roca, la que contiene monumentos y sepulturas muy interesantes. Las cabezas de los tres mil anacoretas martirizados por orden del feroz rey de Persia Cosroes, verdugo de la Mesopotania y de Siria, están allí. Los cráneos marfilíneos, perfectamente alineados producen el efecto de saludar a los que entran, con una sonrisa burlona, pues conservan todos los dientes: pero ¿de que se podrían burlar esas calaveras! ¡si no es de la nada de la vida!

Sus ojos desaparecidos, ¿a cuántos ejércitos no vieron circular en torno de su retiro, y a cuántos guerreros no señalaron el camino?

Más de un cruzado refugiado bajo el techo del monasterio dejó de existir en él, cambiando su blanca celda por la cripta de la iglesia; numerosos adalides desertores de las armas, y bandidos aristocráticos solicitaron su hospitalidad, agitados por pasiones que acudían al silencio y al reposo, buscando una soledad vengadora que al devorarlos los purificó. ¿Encontrarían lo que anhelaban?: sus sepulcros ruinosos no pueden decirlo.

Los que duermen solos en este yermo, buscaron en su silencio, después de la tormenta que destruyó su vida, la paz, pero, ¿la encontraron? Las crónicas de la Abadía hablan de los Hermanos que poblaron sus claustros, donde el alma empieza a desatar las ligaduras de la naturaleza, de su soledad sublime, mística, como las horas crepusculares del desierto que la rodean, del profundo olvido de sí misma con que el alma del solitario sumergíase en claridades sobrenaturales, emprendiendo al fin su vuelo hacia lo infinito sin el menor rumor de alas, que pudiera turbar la paz abacial de aquel retiro.

Sin embargo, antes que la soledad del desierto, arrostraron la soledad del alma, durante la cual el corazón desengañado, en el postrer tumulto de sus ansias inexplicables, no quiere comprender que de su propia flaqueza proviene el obstáculo que impide al Señor tomar la mitad de su espantosa carga y ayudarle a llevarla.

Los solitarios de San Sabas que hicieron esa jornada o la están haciendo, cuya soledad material y moral unida al Señor es sublime, casi alada, acallados los sentidos por la vasta armonía muda de los años que pasan constantemente al pie del altar, en el silencio más hondo, más tranquilo y seguramente el más deliciosamente puro, silencio en el cual hasta el pensamiento enmudece para permitir a la vida desplegarse en amplios horizontes con lejanías celestiales, cuando llega la hora suprema, se tienden en sus sepulturas, pasando del silencio de la vida al silencio de la muerte, amortajados con el sudario que su profundo desprecio por las cosas de la tierra ha tejido durante sus largos años de paz y de olvido.

Una de las torres queda frente a la Abadía, y estaba destinada en otro tiempo a vigilar las tribus de beduinos errantes en los páramos de aquellos contornos, o cuyos instintos de saqueo constituían un peligro constante para sus moradores. De lo alto de esa torre se descubren las cimas estériles de las montañas de Judea, y se distinguen en las profundidades áridas del torrente las grutas habitadas por los antiguos anacoretas. Bandadas de torcaces han fabricado su nido en esas cuevas desnudas, rememorando con sus cándidos arrullos la inocente dulzura de los santos que poblaron hace siglos los desolados yermos; en una de las cuales habitó San Eutimio con su colonia de cenobitas, y siguiendo la Regla de San Basilio fueron los fundadores del convento, desde cuya atalaya el camino que de Jerusalén conduce al Mar Muerto se diseña sin un ramillete de verdura, sin un musgo siquiera, únicamente, y más espléndido que cualquier otro adorno, el deslumbramiento de la luz se extiende en grandes sabanas sobre las gredas blancas, de las que resalta en gavillas centelleantes sobre los granitos rojos.